

Título: Terror en la casa vieja

Autor: Luis Arturo Acevedo Acevedo

Terror en la casa vieja



Mi agradecimiento fundamental a los que viven todos los procesos de mi vida, mi familia: a mi esposa Eliana, que siempre entienden y respetan pacientemente mi inmersión por horas entre los libros, dejando otros placeres para más tarde, por ejemplo, el paseo del domingo o el helado del verano. A ellos mis infinitas gracias por su comprensión y apoyo.

A mi padres y a nuestras productivas charlas y consejos útiles de vida, donde muchas veces me refugié placenteramente.

A mis hermanos de los cuales he aprendido mucho, quien sin darse cuenta me contagiaron la pasión por escribir

A los amigos de trabajo que confiaron en mí para llevar adelante los conocimientos y plasmarlos en libros

A los conocidos, a sus preguntas, inquietudes y exigencias, que tanto me han enseñado.

A todos esos emprendedores que fundamentalmente me enseñaron que los sueños con acción son realidades productivas.

A mis clientes, que día a día me permiten trabajar para poder elaborar mejores productos

A todos ustedes que invierten su tiempo en leer
estas ideas, mil gracias por estar ahí, y
bienvenidos

Terror en la casa vieja

Y por fin había llegado el fin de semana para Jhon después de una larga semana de trabajo ahora podría descansar y hacer otras actividades y distraerse un poco, saliendo de la monotonía de su trabajo.

Jhon era un joven que siempre había trabajado en la misma empresa y donde forjó buenas amistades. Una de esas amistades era Raúl una persona que siempre le había brindado todo su apoyo y además compartían actividades fuera de su empresa como deporte, paseos y el infaltable viernes de tomar algunas cervezas y hablar de todo lo acontecido en el plano laboral.

Desde muy pequeño Raúl pasó sus vacaciones de verano e invierno en la casa de sus abuelos en un pueblo llamado Carmen de Viboral un poco lejano de la ciudad de Medellín Colombia, la casa en la que vivía su abuela quedaba cerca al pueblo. Raúl iba con su hermano y allí se reunían con varios familiares más. En verano ayudaban a su abuela en las tareas domésticas y también podían visitar a la finca de su abuelo donde le ayudaban a cuidar a las vacas, a los patos, las gallinas y los perros.

La casa de la abuela de Raúl era muy misteriosa, por muchas razones que les iré contando, pero sobre todo es misteriosa por un viejo cuarto donde guardaban objetos que ya no se utilizaban en la casa y además guardaban muchos recuerdos de otras épocas y otras descendencias. A Raúl le da bastante miedo subir o bajar la escalera que llevaba al cuarto viejo. Era una escalera muy grande y en forma de caracol, de madera oscura y parece interminable. Los peldaños son bajitos pero muy anchos y suben formando una espiral para llegar a los tres pisos. Bueno, a los dos pisos donde están todas las habitaciones y los baños y al tercero en el que se encuentra el famoso cuarto viejo, el lugar prohibido de la casa. A medida que sube la escalera hacia los tres pisos se van empequeñeciendo los escalones, por lo que parece que sube muy, pero que muy, alto.

Y ¿por qué digo que el cuarto viejo de la casa era misterioso? Todo pasó ese verano y en ese fin de semana del cual hablábamos donde a Raúl se le ocurrió la idea de invitar a su buen amigo Jhon. Al cual lo llamo por teléfono ese viernes y donde a Jhon le pareció una buena idea distraerse un poco, ir de viaje a un pueblo que no conocía y también así poder tratar a la familia de su buen amigo Raúl.

Ese día a la espera de que llegara su amigo Jhon ,Raúl se dio cuenta de que cuando subía o bajaba la escalera— al pasar sus manos por la barandilla la escalera emitía un sonido parecido al maullido de un gato: ¡miauuuu! Cuando oía ese maullido, o grito de fantasma, como decían algunos de sus familiares, se quedaba paralizado en los peldaños como si le hubieran hecho una foto: con la boca abierta por el miedo que le daba, las orejas estiradas para escuchar mejor y los ojos de espanto casi salidos de sus órbitas. Cuando volvía a escuchar el maullido de la escalera ya no soportábamos tanto terror y bajaba o subía corriendo, buscando un sitio donde sentarse.



Una noche antes de que llegara su amigo Jhon, mientras todos dormían, Raúl despertó con un hambre voraz. No había cenado lo que le puso la abuela porque no le gustaba en especial ese plato que habían hecho ese día y a media noche comenzó a notarlo en su estómago. Había dos opciones: o no dormir por el hambre o bajar las escaleras para llegar a la cocina y comer lo que le apeteciera hasta saciarse. Decidió bajar las escaleras a pesar del miedo.

Dio la luz del pasillo y cuando ya estaba a punto de encender la de la escalera recordó que la bombilla estaba fundida, por tanto debía bajar a oscuras, o casi a oscuras, puesto que algo se veía gracias a la lámpara del pasillo.

Comenzó a bajar. Puso su mano en la barandilla para no caerse y en ese momento escucho el maullido extraño. Se quedó pegado al suelo y creo que le crecieron las orejas por el afán que tenía de averiguar de dónde procedía el maullido. Estaba claro que ese maullido, o grito de fantasma, o lo que fuera provenía del cuarto viejo. Se hizo el silencio. Sudaba. Comenzaron a temblarle las piernas. En ese momento la escalera volvió a emitir el sonido espeluznante. Cada vez parecía estar más cerca, era como si bajara persiguiéndole. Corrió hasta llegar a la cocina y cerró la puerta.



Respiro para tranquilizarse y empujo con su espalda la gran hoja de madera para que nadie pudiera abrirla. Cuando creyó estar a salvo coloco

la enorme silla de la abuela para reforzar la puerta.

Miro en la nevera. Había cosas exquisitas y las saco todas. Las puso sobre la mesa y se sentó para disfrutar de un festín: batido de chocolate, leche condensada, pastelillos de fresa y nata, queso y mortadela.

Cuando estaba enfrascado saboreando los manjares escucho un ruido tras la puerta y, un momento después, algo empezó a empujar la puerta para abrirla. Se quedó paralizado con un pastel en la mano y la boca abierta de par en par. Cuando comenzó a abrirse la puerta tuvo reflejos y se escondió bajo la mesa que tenía un mantel tan largo que casi llegaba al suelo. Desde allí pude ver las patas de un enorme gato que entraba sinuoso en la cocina. Sólo le veía las patas desde esa postura y, de pronto, dejó de vérselas porque dio un salto y se subió a la mesa. ¡Se estaba